



XII

¡AL ASALTO!

ERCADO está el campamento
de una fuerte empalizada;
corre por medio una acequia,
que es límite que separa

los soldados de Aragón
de la hueste catalana,
y en el cerrado recinto
bulle muchedumbre varia.

Tan diversos trajes viste,
tan distintas lenguas habla,
tales contrastes ofrece
y tanto de aspectos cambia,

que atrayendo los sentidos
los excita, los embriaga,
y hartándolos de emociones,
más emociones les guarda.

Y es milagro incomprensible
que tal muchedumbre vaya
de una voluntad pendiente,
como va el cuerpo del alma.

Con las feudales milicias,
severas y bien armadas,
se mezclan las comunales
con sus hoces y sus hachas;

al lado de los barones
con sus vestes recamadas,
con sus espuelas de oro,
con sus cimeras gallardas,

sus cotas y capellares
de resplandecientes mallas,
se ve al ágil balletero
con su perpunte y su aljaba;

al peón con su justillo
y sus mal ceñidas calzas;
junto al heraldo de corte
con su bordada dalmática,

pasan los almogaváres,
los hijos de las montañas,
que hacen alarde de rudos
y de sus harapos gala.

De Muradal en la Sierra
nacen esas gentes bravas,
las fieras no las asustan
porque de ellas son hermanas;

yacen en los mismos antros,
beben de las mismas aguas,
comen de las mismas hierbas,
viven de lucha y matanza:

tienen el salto del tigre,
del lobo la astuta maña,
del león las crines sueltas,
indómitas y rizadas;

el olfato y el oído
de los sabuesos de caza;
y con el mirar del lince
los raudos vuelos del águila.

El almogavar soberbio,
sirve bien á quien le paga;
por todo vestido lleva
sobre las carnes tostadas

corta gonela de cuero,
cual la gorra y las abarcas;
luengo cuchillo al costado,
arco, flechas y una aljaba,

completan el sobrio equipo
de aquel león de batallas,
que vence solo á un jinete
armado de todas armas,

que sigue á sus adalides
por atajos y montañas,
ó tras sus almocadénés
ciego á caballo se lanza;

que sube como la corza
y como el torrente baja,
y no tiembla, ni vacila,
ni se rinde, ni se cansa.

Los marineros de Génova,
de Cataluña ó de Francia,
los golfines castellanos,
la chusma alegre y bizarra,

atrevida y malandante,
astrosa y desordenada,
todos bullen y se mueven,
trabajan, gritan ó charlan.

Allá suena de Castilla
la rica y sonora fabla;
allí con el de Provenza
se mezcla el verbo de Italia,

y el rudo francés del Norte
con inflexiones germánicas,
al dulce dejo morisco
de las gentes castellanas;

aquí un trovador entona
la canción de la cruzada;
allá pregona un judío
reliquias de Tierra Santa,

con los cantos provenzales
suenan *novas* catalanas;
con guerreros *serventesios*,
dulces y amantes *albadas*;

canciones aragonesas,
abuelas de las *rondallas*;
y relinchos de corceles,
y gritos y carcajadas.

En los guerreros ingenios
las gentes de mar trabajan,
y construyen los *trabucos*
con antenas y con jarcias.

Frente á frente se contemplan,
desde el campo y la muralla,
catapultas y *fundibulos*,
manteletes y *algaradas*:

monstruos con nervios de hierro
cuya sola vista espanta,
cuyos miembros colosales
crujiendo suben y bajan;

fieras que truenos y rayos
abortan de sus entrañas,
cuando de sus anchas bocas
mil muertes rugiendo lanzan.

Uno de aquellos gigantes
En-Arnaldes se llamaba,
que con nombres de guerreros
bautizan las tales máquinas,

ya que se mueven y gritan,
luchan, destruyen y matan,
con tal acierto y bravura
como si tuvieran alma.

Jazperto de Barberá,
de la hueste catalana,
las obras del sitio ordena
y los ingenios emplaza;

y mientras los muros baten
trabucos, manganos, gatas,
se oye el golpear confuso
de los picos y las palas

con que moros y cristianos
dentro de las minas cavan,
abriendo paso á la muerte
de la tierra en las entrañas.

FUERTE resiste Mallorca,
firme Don Jaime la ataca;
osados son los del campo,
tenaces los de la plaza.

Colmados están los fosos,
las fortalezas minadas,
la ciudad llena de muertos
y de escombros las murallas.

Mas las brechas que de día
abren las guerreras máquinas,
los incansables sitiados
por la noche las reparan.

Pero del Rey los ingenios
embisten con fuerza tanta,
que deshacen de los moros
trabuquetes y algaradas;

y tantas piedras vomitan
que ya el trabajo no basta,
y aportilladas, deshechas,
se derrumban las murallas.

Las fuertes torres del muro
por el cimientó minadas,
con estacas y con vigas
los peones apuntalan,

untan los troncos de brea,
les prenden fuego, y escapan;
retuercéanse los maderos
en los brazos de las llamas,

crujen, se parten y ruedan
las erguidas torres altas,
entre una nube de polvo
y una infernal algarada.

Redóblase con el éxito
de los cristianos la audacia,
y con el despecho crece
de sus contrarios la saña.

Al salir el sol, un día
para acabar con la plaza,
los soldados de don Jaime
van á descargar sus máquinas,

cuando descubren atados
encima de las murallas
á los cristianos, cautivos
de las gentes musulmanas.

Retroceden los soldados
ciegos de espanto y de rabia,
y asordan el campamento
con sus gritos de amenaza.

Don Jaime al tumulto acude
y al moro un mensaje manda,
diciendo que ha de cobrarle
tan vil astucia muy cara.

Mas no escucha el sarraceno
ni mensajes ni amenazas,
y el Rey, temblando de cólera,
ante aquella invención bárbara

que ya á las puertas del triunfo
los paraliza y los ata,
jura por los altos cielos,
rojo el semblante de rabia,

que nombre de Rey no quiere
si al ganar aquella plaza
no toma, para afrentarlo,
al fiero Emir por las barbas.

Mientras se junta el Consejo
en la tienda del Monarca,
los cristianos combatientes
se amotinan ó desmayan.

Por devolver el aliento
á sus hermanos de armas,
con acento más que humano
los nobles cautivos claman:

—¡Tirad, tirad compañeros,
que no se pierda la plaza!
¿Qué son las miserables vidas,
cuando por Dios se batalla?—

Asombrados los valientes
ante abnegación tan santa,
por sus tostadas mejillas
sienten resbalar las lágrimas.

Pero, en esto, un caballero
de orden del Consejo manda:
“Que siga el tiro; y si mueren
por tan digna y justa causa

los cautivos, en el cielo
lograrán eterna palma,
mientras los perros herejes
hallarán pago á su infamia.”

Ardimiento, fe y espanto
sembraron tales palabras;
tornó el caballero riendas,
crujieron las recias máquinas;

descargáronse... ¡Un gemido
sonó en las rotas murallas,
y al cielo volaron juntas
de los mártires las almas!

POR recibir á don Nuño,
á quien los sitiados llaman,
á las puertas de Mallorca
bella tienda se levanta.

Sobre su blanco *acicate*
luce una bandera blanca
en señal de parlamento,
y hacen suspensión de armas.

Seguido de su alfaquino
parte Nuño á la embajada,
el Walí sale á esperarle
y ambos á la tienda pasan.

Con grande sigilo en ella
siguen animada plática;
en vano el Emir se obstina
en mantener su arrogancia,

queriendo rendir con oro
al que le rinde con armas;
indignado Nuño Sánchez
toda transacción rechaza,

y ante su firme propósito
le dice el Walí que vaya
á decir al Rey don Jaime
que suya será la plaza,

si, respetando las vidas
de los que dentro se hallan,
las naves de los cristianos
los ponen á salvo en Africa.

Por cada cabeza mora,
si se le otorga tal gracia,
cinco besantes de oro
dará el Emir al Monarca.

Vuelto Nuño al campamento,
dió cuenta de su embajada
ante el Rey y ante los nobles
que en su tienda le esperaban.

Apenas del sarraceno
Nuño expresó la demanda,
de Barcelona el Obispo
se alzó para desecharla,

pidiendo en nombre del cielo
que á los muertos se vengara;
todos del Obispo aplauden
las fatídicas palabras;

más que todos, los barones
del linaje de Moncada,
que por su sangre vertida
mares de sangre reclaman.

Y á despecho de don Nuño,
y á despecho del Monarca,
desechóse todo pacto
á la voz de la venganza.

Al saber que los cristianos
toda avenencia rechazan,
furiosos los sarracenos
sangre y exterminio claman.

La rabia los multiplica,
la indignación los inflama,
y al paso que el riesgo crece,
su fiero valor se agranda.

Desesperados, frenéticos,
á los sitiadores lanzan,
con las piedras de sus muros
los escombros de sus casas;

ya que al odiado enemigo
tienen que entregar la plaza,
recogiendo sus pedazos,
se los tiran á la cara.

Los honderos mallorquines,
que de diestros gozan fama,
lluvias de piedras arrojan,
y sangre los campos manan.

Para infestar la ciudad,
al impulso de sus máquinas,
le arrojan los sitiadores
corrompidas alimañas;

y á veces, moras cabezas
lívidas y ensangrentadas,
proyectiles monstruosos
¡que engendran furia y venganza!

En tanto, en el campamento
faltan oro y vituallas;
hiela el frío á los soldados,
la lluvia la tierra encharca:

se paralizan las obras
que inunda ó destruye el agua;
los hacinados cadáveres
vapores de muerte exhalan...

Y entonces, los fieros nobles
cuya entereza desmaya,
ruegan á Jaime que acepte
la avenencia desechada.

—Más nos valiera, barones,
que á su tiempo se otorgara,
que el rey de Aragón no acepta
tratos que una vez rechaza;—

Dijo airado el Soberano,
y ya en torno murmuraban,
cuando el bravo Nuño Sánchez
con noble ardimiento exclama:

—Barones, fíjese un plazo
para librar la batalla,
y juremos por Dios vivo
¡morir ó tomar la plaza!

Responde á la voz de Nuño
aclamación entusiasta:
sobre los cuatro Evangelios
puestas las valientes palmas,

infanzones y magnates,
escuderos, gentes de armas,
juran rendir á Mallorca
ó morir en la demanda.

APENAS brilla en Oriente
la primera luz del alba,
cuando al són de los clarines
todo el campo se levanta:

aún vigilan en sus puestos
los atentos atalayas,
cuyas ocultas hogueras
por el humo se delatan,

y ya pajes y escuderos
de uno en otro lado vagan,
enjaezando á toda prisa
los corceles de batalla;

recorriendo los arneses,
desplegando las gualdrapas,
colgando de los arzones
los aceros y las mazas;

bruñendo los altos yelmos,
limpiando las duras mallas,
ó ciñendo á sus señores
las ya relucientes armas.

Viste el arquero el perpunte,
empuña el peón la estaca;
unos se ajustan las grebas,
otros el escudo embrazan,

y suenan voces, relinchos,
trompas, clarines y cajas,
que despiertan en los montes
repetidas resonancias.

Sobre un alto de la costa
sencillo altar se levanta,
dó á la luz del sol naciente
brilla enhiesta cruz de plata.

En torno de él se congregan
las nobles tropas armadas;
el Obispo de Gerona
dice la misa; acabada

la ceremonia bendita,
el fervoroso Monarca,
de hinojos ante el Prelado,
recibe la Hostia sagrada.

Ora, humilde, por el triunfo
de la santa fe cristiana,
y se alza firme y resuelto,
con la faz transfigurada.

A la voz de los clarines
que suenan llamando ¡al arma!
fórmanse las fuertes huestes
ordenadas en batalla;

el claro sol para verlas
cendales de nubes rasga;
como lago de diamantes
brilla la tierra escarchada,

y relucen los arneses,
y resplandecen las armas,
los joyeles centellean
y deslumbran las espadas.

De un corcel de Andalucía,
que el cuello gallardo enarca
y va sembrando de espumas
frenos, pretal y gualdrapa,

apoyado en los estribos,
sobre el borrén se levanta
el apuesto Soberano
cuya presencia avasalla;

cuyo juvenil semblante
cercan las nacientes barbas,
cual cercan al sol de Oriente
sus esplendorosas ráfagas:

luce una veste de púrpura
de cruces de oro sembrada;
ciñe grebas y brazales
que relumbran como plata;

y bajo el yelmo, en que brilla
rico joyel de esmeraldas,
juega el viento con las hebras
de su melena dorada.

¡Cuán augusta, sobre todas,
su figura se levanta!
¡No hay un hombre en todo el mundo
más alto de cuerpo y alma!

A lo largo de la costa
brillan las haces formadas.
Jaime, tendiendo la diestra,
que cubre el guante de mallas,

hacia el muro de Mallorca,
grita en voz sonora y alta:
—¡Adelante, campeones,
que Dios va con nuestras armas!—

Mas las tropas no se mueven...
y asombrado el Rey exclama:
—¡Señor, que en los que me sirven
tan vil mancilla no caiga!

Valientes, ¿por qué dudáis?—
Como una legión de estatuas
la hueste inmóvil y muda
parece en tierra clavada.

Por tercera vez resuena
la voz del Rey, que arrebatada,
y aquella masa gigante,
se estremece, se quebranta,

y un grito inmenso retumba
resonando en las montañas.
—¡Santa María!—repiten
las milicias catalanas.

—¡San Jorge!—los de Aragón,
que es su grito de batalla;
y aquel mar de olas de hierro
contra la ciudad se lanza.

Mas antes que al muro llegue,
cual niebla que el viento arrastra,
sobre un caballo más blanco
que la nieve en las montañas,

flotando dentro de un nimbo
su cabellera dorada,
y en medio de una aureola,
su túnica suelta y blanca,

vuela un guerrero delante
de las legiones cristianas;
¡es San Jorge, que el primero
penetra r quiso en la plaza!

En pos iban, Sir Guilleumes,
el bastardo de Navarra,
Ferrando Pérez de Pina,
Gurb y Martínez de Eslava.

Y desoyendo de todos
consejos, ruegos, plegarias,
menospreciando la muerte,
al frente de su mesnada,

con la señera tendida,
Jaime por la brecha salta
y entra al galope en Mallorca
blandiendo su fuerte espada.

Por entre escombros y muertos
y horror y estruendo y matanza,
con bramidos de torrente
ruedan las olas humanas;

niños, mujeres y ancianos
huyen á la desbandada,
y huyendo los moribundos
entre rüinas se arrastran.

Choca el hierro contra el hierro,
contra el escudo la adarga;
la maza incrusta en las carnes
á duros golpes las mallas:

cabezas llenas de vida
derriba á cercén el hacha;
los cascos de los corceles
pechos y cráneos aplastan...

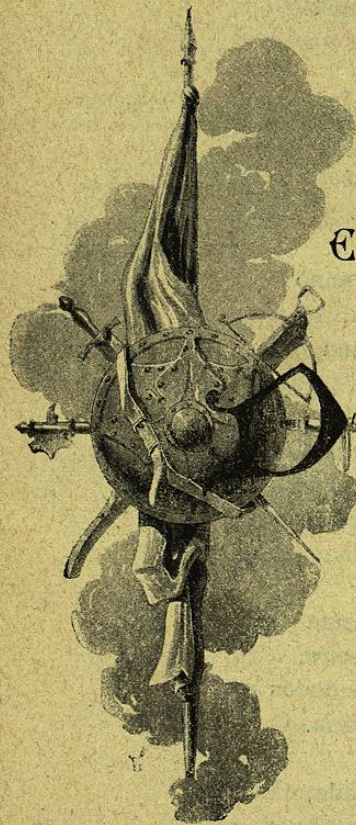
Mas pronto por los cruzados
la victoria se declara;
cincuenta mil prisioneros
se rinden ante sus armas.

Y en las torres de Mallorca,
antes que el sol se ocultara,
las banderas de don Jaime
victoriosas tremolaban.

Desde aquel glorioso día
que en bronce esculpió la fama,
ciñó Jaime otra corona
y otro reino ganó á España,

y humilló ante sus pendones
las costas mediterráneas;
por eso su gloria crece
con cada siglo que pasa,

y á través de las edades
su figura se agiganta;
¡que el que á la patria engrandece
vive tanto cual la patria!



XIII

El Puig de Santa María.

ESATADOS por la Iglesia
los dulces lazos que unían
al galante rey don Jaime
con Leonor de Castilla,

fué jurado el niño Alfonso,
cual hijo de unión legítima,
á tiempo que para siempre
vió deshecha su familia.

¡Cuán triste partió la Reina,
cuán sola, cuán afligida!
Que el Rey le cedió sus joyas,
pero le robó su dicha.

¡En cambio, Leonor llevaba
su joya de más valía;
el infante don Alfonso,
vida de su propia vida!